

APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

JOSE RUFINO ECHENIQUE EN SUS PRIMEROS AÑOS.

Buscando las tradiciones familiares que pudieron influir en la formación espiritual de José Rufino Echenique, hallamos un minucioso pormenor de sus orígenes en el estudio genealógico realizado por J. Mujica (1), para esclarecer los entroncamientos de los linajes españoles trasplantados a tierras de América.

Dice así, refiriéndose a los Echenique:

“De ilustre prosapia son los de este apellido que es originario del antiguo reino de Navarra, donde aun existe su casa solariega en el pueblo de Errazu, perteneciente al hermoso valle de Baztán. El escudo de armas que corresponde a este linaje es en forma cortada; en el cuadro superior tiene en campo azul tres flores de lis de oro y dos medias lunas de plata escaqueadas con negro, teniendo las puntas hacia abajo; en el inferior lleva jaquelado (cuadritos) de plata y negro, que deben usar todos los oriundos del valle, por privilegio de nobleza otorgado en 1212 por el Rey D. Sancho el Fuerte de Navarra, debido a la eficaz ayuda que los baztaneses le prestaron en la batalla de las Navas de Tolosa y en otras guerras con los moriscos.

“Hemos descrito este escudo conforme al que consta pertenecer a los Echenique en un despacho confirmatorio de blasones existente en la Nobleza Ejecutoriada de Navarra, que se otorgó en 1703 a favor de D. Juan de Borda Arrechea y Echenique.

(1) J. Mujica: “Nobleza colonial de Chile”.—Editorial Zamorano y Caperán, Santiago de Chile. 1927 (385 páginas).

“La nobleza de este linaje está probada en la sentencia confirmatoria de nobleza que obtuvieron D. Lorenzo de Echenique y sus hermanos Juan y Pedro, ante el Supremo Consejo de la Real Corte de Navarra en 1652 y 1657 y, además, por haber sido cruzados Caballeros de las Ordenes Militares D. Francisco de Echenique y Tellechea, natural de Vera del Bidasoa, en la Orden de Santiago el año 1706; D. Pedro Gregorio, de quien hablaremos, también de la misma Orden; y D. Pedro Nolasco, su hijo, que fué Caballero de Alcántara en 1788. Además de los citados han dado especial lustre a este apellido D. Esteban María de Echenique, que fué Gobernador de la provincia de Alicante y D. Antonio de Echenique y Fernández de Treviño, gentilhombre de Cámara de su Majestad, Comendador de número de la Real Orden de Carlos III y de la de Isabel la Católica, Caballero de las Ordenes de San Juan de Jerusalem y San Ludovico de Parma.

“Juanes de Echenique Iribarren, tronco conocido (2) de esta familia que más tarde pasó a Chile, contrajo matrimonio en la villa de Arizcún el 13 de Febrero de 1669 con doña María de Latadia, heredera de la casa solar de este apellido, toda de piedra con el escudo de armas de los Latadia en su fachada. Era hija de Martín de Latadia y doña Catalina de Salaverría, señores de la casa citada. Nacieron de aquella unión Juan, que sigue; Pedro, Miguel y José. Juan de Echenique y Latadia fué bautizado en Arizcún el 19 de Julio de 1617; heredó de su padre la casa de Latadia y casó en la misma villa el 5 de Febrero de 1689 con doña María de Echevers, natural de allí e hija de don Juan de Echevers, señor de la casa de este nombre en Arizcún, y doña María de Enecorena y Barrenechea

“Don Antonio de Echenique y Echevers recibió el bautismo en Arizcún el 17 de Febrero de 1692 y pasó a casar al vecino pue-

(2) El mismo genealogista a quien transcribimos dice, en otro lugar: “D. Miguel de Errázuriz y Orgaycena contrajo matrimonio con doña María de Echenique, dueña de la casa solar de Echenique en Arizcún. Uno de sus “hijos fué llamado Martín de Echenique, el cual casó con doña María de Aguirre y tuvo numerosa descendencia que perpetuó el apellido Echenique”. D. Miguel de Errázuriz y Orgaycena era hermano de D. Pedro de Errázuriz y Orgaycena, que casó con María Juana de Unaienea. La hija de ambos. María de Errázuriz, prima de D. Martín Echenique, contrajo matrimonio con D. Pedro de Iribarren. Quizá D. Juanes de Echenique Iribarren fuera hijo de un posible enlace habido entre dos descendientes de ambos matrimonios. Y, en tal caso, el solar que otrora poseyeron los Echenique en el pueblo de Errazu debió ser llevado por María de Errázuriz al contraer matrimonio con Pedro de Iribarren. Sin embargo, no debe aceptarse esta hipótesis sin someterla a una detenida comprobación.

blo de Errazu, donde lo efectuó el 19 de Agosto de 1715 con doña Graciana de Echenique, hija de don Pedro de Echenique y Aguirre, dueño del solar de Aguerrea, y doña María de Larralde y Landaverrea.

“D. Pedro Gregorio de Echenique y Echenique fué bautizado en Arizcún el 3 de Julio de 1718. Rindió una información de nobleza allí el 5 de Setiembre de 1761. Entró a los reales ejercicios con plaza de cadete del Regimiento de Almansa el 1.º de Enero de 1733 y un año más tarde fué ascendido a alférez, pasando con este grado a servir en las plazas de Ceuta y Orán por tiempo de tres años y nueve meses, habiéndose encontrado en varios gloriosos hechos de armas en la América Septentrional. El 12 de Abril de 1742 peleó en un reñido combate con dos navíos ingleses, que duró catorce horas, ocurrido frente a la isla Anegada, y el 18 de Agosto del mismo año fué como Ayudante de Capitán al mando de veinticinco jinetes del cuerpo de Dragones en socorro del puerto de Veragua, que estaba bloqueado por los ingleses. Después de servir en este regimiento más de cuatro años y medio pasó al de Lusitania y fué ascendido a Capitán de Dragones en 1750. Fué provisto por Su Majestad para el alto cargo de Gobernador de la provincia de Huánuco en el Perú, cargo que no ejerció por haberse quedado en Santiago de Chile, donde había contraído matrimonio recientemente. En esta ciudad fué Capitán del Regimiento de Dragones de la Reina en 1758 y Comandante de la Artillería en 1762. Por sus notables servicios a la corona y la reconocida nobleza de su estirpe fué agraciado con el hábito de Caballero de la Orden de Santiago en 1764. Por esta fecha era Teniente Coronel del Regimiento de Dragones, más tarde Coronel del de Caballería del Príncipe; en virtud de una real cédula, Comandante General de la Caballería de Chile en 1765 y Teniente General de las armas del Reino desde 1770 hasta 1774. Tres años más tarde pasó como gobernador de la plaza y fuerte de Valdivia por cédula del Rey D. Carlos III, cargo delicadísimo y de grandes trabajos que ejerció durante seis años. Retiróse del servicio activo del ejército con el grado de Coronel de Caballería, y falleció en Santiago el año 1798, después de haber servido a su patria cincuenta y cuatro años y un mes en los Reales ejércitos. Había casado en la Catedral de Santiago el 16 de Diciembre de 1751 con doña María Mercedes de Lecaros, hija del Maestro de Campo D. Pedro de Lecaros Berroeta y doña Micaela de Lecaros Ovalle. Fueron sus hijos: Pedro José, Pedro Nolasco, Teniente de Fragata, Caballero

de la Orden Alcántara en 1788; Miguel, que sigue; y Antonio, casado en 1789 con doña Antonia de Ortúzar Ibáñez.

*

“D. Miguel de Echenique y Lecaros contrajo matrimonio con doña María del Carmen Bascuñán Ovalle, en la que tuvo a”....

Otro Miguel Echenique se radicó por aquella época en Chile. Era oriundo de España y, al abandonar su tierra natal, quizá buscó el favor del gran predicamento de que entonces gozaba Pedro Gregorio de Echenique y Echenique. Es probable que perteneciera a una rama de segundones o que fuera un hermano menor de Pedro Gregorio de Echenique y Echenique, pues su distintivo familiar se reducía a un sencillo campo jaquelado, es decir, al distintivo de nobleza que el rey Sancho el Fuerte de Navarra había otorgado a “todos los oriundos del valle” de Baztán. De todas maneras, parece que no era hombre de muchos conocimientos, porque su situación no fué superior a cierta honesta medianía; y también parece que supo dorar esta condición, y mantenerla con dignidad, pues sostuvo buenas relaciones con elementos destacados de aquella capitanía general.

Allí, en Chile, Miguel Echenique contrajo matrimonio con Ana Josefa Vásquez. Y allí nacieron sus hijos: José Martín, Ramón, José María, Manuel y Miguel Echenique y Vásquez. Pero no era muy próspera la actividad de esa capitanía general, porque sus mejores centros se hallaban alejados de las rutas que unían a Lima y Buenos Aires. A través de Tucumán, Salta, Potosí, Oruro y La Paz, los comerciantes llegaban a Puno, Cuzco y Tarma, acicateados por el ansia de hallar un descanso en la placentera y fabulosa ciudad de los reyes. Santiago, Valparaíso, Concepción y Valdivia podían ser un embujo austral, un llamado a la aventura o un horizonte señalado por el deber; pero no era frecuente que el artesano de su propia existencia fuera a buscar un porvenir en la limitada actividad que reinaba en tales poblaciones. Y Miguel Echenique optó por abandonar Chile. Convirtió en dinero los bienes que había adquirido, y vino a Puno, con toda su familia, a mediados del año 1807.

A la importancia comercial que le granjeara su posición geográfica, la ciudad de Puno había unido el privilegio de la capitalidad, y desde 1802 funcionaban en su recinto las oficinas de la administración colonial. Había surgido del incendio con que la arrasaron los parciales de Túpac Amaru, el 12 de Mayo de 1781, cuando fueron obligados a abandonar la ciudad; y, a despecho de la prosperidad y el valimiento que ofrecían sus variadas activida-

des, aun eran pocas las familias españolas que residían en Puno. Explicable es que los Echenique figuraran, muy pronto, entre sus más notables vecinos.

Miguel Echenique adquirió la hacienda de Sollocota, en la provincia de Azángaro, y fué administrador de las rentas reales. Con él trabajaba su hijo mayor, José Martín quien hacía frecuentes viajes desde la hacienda hasta Puno para cuidar las vinculaciones comerciales que convenían a la empresa de su padre. Iba sobre ligero corcel, acompañado, tal vez, por algún servidor indígena, que le descubría los secretos del camino; descansaba en los cuidados de la madre, que inquiría por la suerte de su marido y reclamaba su presencia; y, después de una breve estada en la ciudad, regresaba a la hacienda. Ramón, en cambio, pretendía afianzarse en un empleo administrativo. José María, iniciaba estudios religiosos en el colegio canónigo del Cuzco. Manuel acompañaba, quizá, a su madre. Y Miguel buscaba alguna sorpresa de la fortuna en las riquezas minerales de la región.

En uno de sus viajes, José Martín Echenique conoció a Hermenegilda Benavente y Mocoaga, que habitaba en una casa situada hacia las afueras de la ciudad de Puno. Había nacido en Ayata, pueblo del distrito de Larecaja, provincia de La Paz —parte, hoy, de la república boliviana—; pero en 1802, cuando la niña no contaba sino siete años, la familia fijó su residencia en Puno. Pronto se trabó una afectuosa intimidad entre ambos; pero los padres de Hermenegilda Benavente no miraron con simpatía las nacientes relaciones, pues aspiraban a que su hija se uniese con un hombre de posición brillante y consideraban que José Martín Echenique no era el pretendiente que convenía a las dotes de su hija. Al fin, ante los requerimientos de la enamorada, depuso su negativa la madre, María Isabel Mocoaga; y, aunque de mal talante, se doblegó la ambición del coronel Pedro Benavente. Formalizóse el compromiso; para satisfacer las exigencias parroquiales, el coronel Benavente extendió, por escrito, una constancia de su asentimiento; y el 18 de Enero de 1808 contrajeron matrimonio (3) José Martín Echenique y Hermenegilda Benavente, en la ha-

(3) La respectiva partida de matrimonio trascrita en papel del sello quinto, correspondiente al bienio de 1850 y 1851, dice así:

“El Dr. D. Bonifacio Deza, Cura propio y Vicario de la Doctrina de “Azángaro—Certifico como a fojas ciento ocho vuelta de un libro de casamiento de esta Doctrina se encuentra una partida cuyo tenor es como sigue.

“En el pueblo de nuestra Sra. de Asum y San Bernardo de Azángaro en “catorce días del mes de Enero de mil ochocientos y nueve años. Ante mí, “el cura de esta Doctrina, se presentó D. José Martín Echenique, soltero, “español, hijo legítimo de D. Miguel Echenique y Da. Ana Josefa de tal, con “un oficio del Vicario de Puno dirigido al cura de Huanacán para que éste.

cienda "Chamaca" propiedad del coronel Pedro Benavente situada en la provincia de Azángaro.

Es posible que el padre incitado a la ductilidad hubiera querido opacar la resonancia del matrimonio, pues evitó que se realizara en la propia ciudad de Puno y aun se privó de concurrir a la ceremonia. Pero la dote de Hermenegilda Benavente estaba constituida por la hacienda "Chamaca" y allí se encontraba la capilla de la familia, de manera que el matrimonio cayó bajo la jurisdicción de la parroquia de Azángaro. Fué realizado sin ostentación, como ceremonia de trascendencia puramente familiar. Como padrinos actuaron, el comandante Remigio Arias y la señora Paula Aragüez, vecinos de Puno; y, como testigos, Félix Tagle y Anselmo Salas.

Lo cierto es que su matrimonio fué muy ventajoso para José Martín Echenique, pues, aparte de haber adquirido, como dote de la hacienda "Chamaca" lo convirtió en yerno del coronel Pedro Benavente. Era este un notable vecino de Puno ciudad en la cual se había radicado en 1802, cuando el virrey Avilés le confirió el privilegio de albergar el funcionamiento de las cajas reales; en 1804 había sido subdelegado de hacienda en la provincia de Azángaro, e interinamente desempeñaba igual cargo en la provincia de Huancané, por nombramiento del 5 de Noviembre de 1807. Estaba emparentado con los Tristán y, como ellos, alentó irrestricto sentimiento de lealtad a la corona, en los oscuros días de la invasión napoleónica. Hombre de tradiciones arraigadas, y autoritario, decidió la suerte de todos sus hijos: Sebastián siguió la carrera de las armas y murió en Madrid, siendo brigadier; a Jorge lo inclinó desde temprana edad hacia la profesión religiosa, contribuyendo a forjar el espíritu de quien habría de ser el XVIII arzobispo de Lima; y Alejandro actuó en la administración. Al par que leal a su rey, y piadoso, también era áctivo. Demostró la escasa ductilidad de su código moral, y su orgullo, en la sorda resis-

"en comisión del Sr. Obispo de La Paz, lo casase, y como la niña era fe-
"ligrés de esta Doctrina llamada Hermenegilda Benavente, hija del Coronel
"D. Pedro Benavente y de Da. Isabel Macoaga: se le casó por mi ayudante
"D. Felipe Cárdenas en la estancia de Chamaca, jurisdicción de esta Doc-
"trina en la que tiene su capilla dicho coronel D. Pedro Benavente: y aun-
"que yo suspendí por entonces la dispensa de proclamas que obtuvo del Sr.
"Obispo de la Paz por ser el hombre de la parroquia de Puno, mientras no
"se publicaban en esta Doctrina por parte de la niña se hizo el casamien-
"to por mi ayudante, lo que declaro para que conste.—Matías Alday".

"Concuerda con su original, al que en caso necesario me remito, y para
"que así conste donde convenga, di la presente a pedimento verbal de la
"Parte, firmando antes los testigos que se hallaron presentes a 12 de Ju-
"nio de 1850.—Dr. Bonifacio Deza, Cura de la Parroquia—Testigo, José Do-
"mingo Choquehuanca—Testigo, Julián Zúñiga."

tencia que opuso a las pretensiones de José Martín Echenique; pero también supo demostrar su comprensión y su íntima bondad paternal, cuando le brindó a su yerno el apoyo de su influencia.

José Martín Echenique y Hermenegilda Benavente instalaron su hogar en Puno, en un amplio caserón fronterizo a la plaza de la ciudad, cuyo propietario era el presbítero Casimiro de los Ríos. A ese hogar tibio llegaron muchas veces las amigos, para saludar a sus dueños. Y no faltó ocasión en que éstos ofrecieron su hospitalidad, pues José Martín Echenique no estaba exento de ciertas dotes cortesanas. Las ejercitaba para hacer fácil el trato de las gentes y allanar las asperezas de la vida. Por eso se le reconocía su probidad, como lo demuestra la entrega de 3500, pesos que el doctor José Antonio de los Ríos le hiciera el 15 de Abril de 1808, como parte de pago por la futura entrega de 300 quintales de cascarilla; y por eso asistió, a fines del mes de Octubre, al juramento con que el cabildo de Puno proclamó su fidelidad a Fernando VII.

Desusada ansiedad agitaba la vida de su hogar, durante los últimos días de ese mes de Octubre de 1808 pues José Martín Echenique esperaba, ya, a su primogénito. Allá iban constantemente las vecinas oficiosas en demanda de noticias. Y, en silencio, con paciente y oscura calma, una robusta nodriza india imaginaba el momento en que habría de calmar con su sangre, el primer llanto de la esperada criatura.

José Rufino Echenique y Benavente nació el 16 de Noviembre de 1808. Y, mientras la partera le brindaba sus cuidados a la madre, con el auxilio de una criada y una esclava de la familia el niño distraía sus vagidos en el cálido regazo de sus abuelos, Miguel Echenique y Ana Josefa Vásquez, y en los brazos de su padre. Aquella misma tarde, el recién nacido fué solemnemente bautizado en la Iglesia Matriz de Puno (4). Sobre la penumbra, que apenas había interrumpido la pálida luz de algunas bujías, se destacaba, seguramente, el blanco ropón del niño; y en todo el recinto debió escucharse la severa admonición con que el cura advirtió a los padrinos, Miguel Echenique y Ana Josefa Vásquez, el alcance de los deberes que contraían. A la puerta se habían agolpado

(4) La respectiva partida de bautismo, trascrita en papel del sello quinto, correspondiente al bienio de 1834 y 1835, dice así:

“D. José María Ampuero y Grados, Cura encargado de esta ciudad por “su Cura propio el Sr. Dr. D. Manuel Alejandro de Grados, etc., certifico “encuanto pueda y haya lugar a los señores que la presente vieren cómo “en los libros que corren a mi cargo se encuentra una partida a fojas 99, “cuyo tenor sacado a la letra es como sigue:

“Año del Señor de mil ochocientos ocho: en diez y seis de Noviembre. “Yo el Dr. D. Miguel Antonio Aree, Examinador Sinodal, Vicario foráneo

algunas gentes del pueblo, que aguardaban el término de la ceremonia, para recoger las monedas que solía sembrar la tradicional prodigalidad de los padrinos. Grande alboroto formaron estas gentes, cuando la comitiva salió de la iglesia y, para hacer honor a su calidad, los padrinos fueron arrojando algunos puñados de reales y cuartillos, en tanto que marchaban hacia la casa. Y, llegados a ésta, sus dueños ofrecieron delicadas viandas a todos los asistentes, porque el nacimiento del primogénito era siempre un motivo de fausto y regocijo.

A partir de entonces fueron distintos los vientos que soplaron en la vida de José Martín Echenique. Porque, ante el nacimiento de su nieto, el coronel Pedro Benavente consintió en aplacar su resentimiento, y quiso ofrecerle a su yerno la paternal protección de su influencia. Valido de ésta, José Martín Echenique fué elegido, en 1809, para ocupar la alcaldía del cabildo de Puno, como alcalde de primera nominación. A fines del año siguiente fué a La Paz, ganando un sueldo anual de mil pesos como secretario de Domingo Tristán, a quien habían nombrado para ocupar la gobernación y la intendencia de la provincia.

Por aquellos días, José Martín Echenique había estrechado la amistad que lo unía a Benito Laso. Se mantenía, entre ambos, una acerva crítica de la administración colonial, a cuya sombra iba germinando la conciencia de los propios derechos. Con inquieta discreción, Benito Laso demandaba y recibía noticias sobre los progresos del movimiento emancipador que se había iniciado en las provincias del Río de la Plata. Ganado por el descontento, José Martín Echenique formaba un expediente para reclamar empleos de distinción, e implícitamente, protestaba contra los privilegios de los peninsulares.

El 6 de Setiembre de 1810, José Martín Echenique estaba aún en Puno, pues asistió al matrimonio de Benito Laso y Anacléta de los Ríos, que se llevó a efecto en una hacienda situada en las inmediaciones de la ciudad. José Rufino, el primogénito, frisaba entonces en los dos años; su padre, ansioso por contemplarse en el hijo, le hizo confeccionar pantaloncito y chamarra; y la viveza retazona del niño fué lenitivo y compañía para Hermegilda Be-

“del partido de Paucareolla y Cura Rector de esta ciudad de Puno; bautizé,
“puse óleo y crisma solemnemente, según, orden de N. S. M. I., a un niño
“a quien le puse por nombre José Rufino, hijo legítimo de D. José Martín
“Echenique y de Da. Hermenegilda Benavente, cónyuges españoles vecinos
“de esta ciudad, a quien advertí la obligación y parentesco espiritual que
“contraían, y para que conste lo firmé”.—Dr. Antonio Arce.

“Concuerda con el orijinal a que me refiero, y es dado a petición de la
“parte, y para que conte lo firmé.—José María Ampuero”.

navente, desde el día en que su marido hubo de partir hacia La Paz, mientras ella, en su seno, le daba vida a un nuevo ser.

A fines de 1810, cuando José Martín Echenique inició las actividades de su nuevo empleo, el compás de la vida civil estaba presidido por extraña agitación. Porque los ejércitos armados por la Junta de Buenos Aires habían destrozado la resistencia del virrey Liniers, e invadían, ya, los confines de la Audiencia de Charcas. Bajo las órdenes de Juan Ramón Balcarce y Juan José Castelli, aquellos patriotas se repusieron con presteza de las pérdidas sufridas en Cotagaita; al cabo de pocos días obtuvieron la victoria de Suipacha; y a continuación avanzaron hacia el Desaguadero, para precipitar las manifestaciones de entusiasmo que provocaba su presencia en las tierras del Alto Perú.

En La Paz, José Martín Echenique sentía que se acrecentaba su inquietud libertaria. Pero, al comenzar el año 1811, Hermenegilda Benavente se hallaba nuevamente a su lado; le presentaba a los pequeños, José Rufino y Petronila; y en su ánimo le insuflaba un vago desconcierto. Llegaron, a poco, las tropas de Balcarce y Castelli, y José Martín Echenique ya no alentó vacilaciones. Se presentó ante los generales expedicionarios y fué incorporado al ejército libertador como teniente coronel de milicias. Al frente de sus hombres, que formaban el Batallón Miliciano de Pacajes, acampó en el pueblo de Guaqui—situado en la margen izquierda del río Desaguadero—, mientras duró el armisticio pactado el 15 de Mayo de 1818. El 24 de Junio participó en la adversa batalla librada en las inmediaciones de aquel pueblo. Y después de esta batalla formó parte de la división comandada por Díaz Velez, que hubo de retirarse precipitadamente hacia Potosí, sufrió en Cochabamba una apreciable derrota, y no llegó a su destino sino con ochocientos hombres.

Sin embargo, no soportó la retirada y la dispersión de los patriotas. Procuró eludir el celoso rigor de las autoridades y, recatadamente, volvió al lado de su familia. Quería refugiarse en el sosegado discurrir de la vida hogareña, y quien sabe si apaciguar el imperio con que lo aconsejaba su conciencia libertaria. Pero fué apresado, su nombre apareció al frente de un expediente penal, y los jueces parecían sentirse obligados a aplicarle la última pena. En el hogar, la esposa no acertaba a buscar otro consejo que el de la oración, pues harto abatida la tenía el recuerdo de sus repetidos sinsabores. Lentos y angustiosos pasaban para ella los días, y comenzó a pensar en la viabilidad de su propio sacrificio. Así, impulsada por la desesperación y el afecto, salió, un día cualquiera, en busca de la autorización necesaria para visitar a su marido; se estrechó a su lado, en el sombrío calabozo; y luego le expuso

su deseo de suplantarle, empleando una elocuencia tan convincente que prevaleció sobre todas las observaciones. Decíale que la justicia no esgrimiría su dureza contra un ser débil e inocente, y que él, en la distancia, podría esperar la hora de la clemencia. Al fin triunfó. Y tal vez prolongó su ansiedad hasta contemplarlo pasar entre los guardianes, que se dejaban engañar por su paso artificialmente ondulante. En el fondo de su conciencia elevó una acción de gracias, y su ánimo, esforzadamente trabajado, se quebrantó.

Pronto fué resuelta la embarazosa situación, pues el coronel Pedro Benavente interpuso su influyente valimiento, e hizo olvidar la pasajera adhesión que su yerno otorgara a la causa de la libertad. Contrito, José Martín Echenique volvió a sus apacibles faenas agrícolas. Y, sumergido en la doméstica tranquilidad de estas faenas, terminó el año 1811. Pasó, rápidamente, un nuevo año. Y los albores de 1813 hallaron a José Martín Echenique bajo el imperio de un nuevo deber, porque había logrado que se le nombrara subdelegado de hacienda en la provincia de Sorata—que después fué llamada Larecaja.

Al abandonar Puno, había bordeado el hermoso lago Titicaca, pues deseaba pasar por el pueblo de Capachica, del cual era cacique. Luego pasó a La Paz, donde habría de recidir. Allí, el 12 de Enero de 1813, nació Benita María Echenique y Benavente, que al día siguiente fué bautizada por su propio tío, el cura José María Echenique, actuando como padrino Ramón Echenique. Y en La Paz también nació, José Toribio Echenique y Benavente, el 26 de Abril de 1814; su bautizo se verificó al día siguiente, siendo su padrino el doctor José María Valdez; y murió en Julio del mismo año, cuando apenas contaba tres meses de edad.

Corría el año 1814. Muy lejos estaban aquellos ejércitos briosos que amagaron la seguridad de Puno, al llevar su desconocida inquietud hasta las riberas del Desaguadero; pero la ciudad serrana no había recuperado su muelle tranquilidad, porque era un obligado lugar de tránsito para los ejércitos virreinales, que marchaban a combatir contra las avanzadas de aquellos otros ejércitos armados por la Junta de Buenos Aires. Quizás eran familiares los nombres de los caudillos libertarios en las tertulias vespertinas de la ciudad que se recuesta en la orillas del lago Titicaca. Quizás fermentaba una sorda resistencia contra los aprestos bélicos exigidos por la seguridad del régimen colonial, porque entorpecían el pacífico discurrir de las gentes. Lo cierto es que muy pronto se extendió el alborozo popular, cuando el cura Idefonso Muñecas se acercó a Puno y La Paz llevando el aliento de la rebelión acaudillada por el brigadier Mateo García Pumacahua.

Urgidos por la amenaza revolucionaria, los defensores de la

autoridad virreinal adoptaron algunas medidas preventivas, tendientes a evitar su contagio. Observaron la conducta de todos los que habían demostrado alguna tibieza en la exhibición de su lealtad a la corona, u opiniones favorables a las corrientes autonomistas, y no hubo hombre liberal, o patriota, que se sintiera con capacidad para esquivar el aguijado encono de los realistas. Por eso, José Martín Echenique interrumpió el cumplimiento de las obligaciones inherentes a la subdelegación de Sorata, y huyó. Estaba acusado de profesar simpatía a la causa de los patriotas, aunque había procurado hacer visible su inhibición de toda actividad política, durante el corto año en que había ocupado la subdelegación. Huyó a La Paz y su familia regresó a Puno, a la casa de sus padres.

En los primeros días del mes de Setiembre de 1814, Miguel Echenique necesitó viajar al Cuzco. Y se hizo acompañar por su nieto José Rufino, ya fuera para hacer ligero el camino, o para dejar alguna enseñanza en el espíritu del niño. Durante varias jornadas fué alejándose de Puno y, al cruzar las sierras de Carabaya, se detuvo en el pueblo de Phara, pues era alarmante el estado de efervescencia de las vecinas poblaciones indígenas.

“Los vecinos notables del Phara, en una noche oscura y lluviosa, se vieron repentinamente asaltados; sus casas saqueadas e incendiadas, y ellos reducidos a prisión dentro de la sacristía e iglesia. Los sublevados eran los indígenas del pueblo y puntos inmediatos. En esa época Phara tenía un vecindario numeroso y acomodado. Los grandes lavaderos de oro de Carabaya y en especial los de Aporoma, de la familia Astete, habían hecho a esa población un lugar de activo comercio y pudiente vecindario. Serían las diez de la noche cuando un indio alto y corpulento penetró a la sacristía, tomó violentamente a un niño como de seis años que dormía sobre las faldas de uno de los detenidos, y lo aventó por la ventana de la sacristía, yendo a parar en los brazos de otro que lo esperaba por el lado de afuera. El niño fué esa misma (noche) y días siguientes conducido a una estancia, a gran distancia, a una lejana serranía.

Los detenidos en Phara fueron al día siguiente sacados a la plaza y muertos a golpes de macana, masas de piedra ligadas a trozos de madera”. (5)

(5) Modesto Basadre: “El niño perdido”.—“El Comercio”: Lima, edición de la tarde correspondiente al viernes 8 de marzo de 1878; página 3.

Creían los indios que la revolución de Pumacahua estaba destinada a restaurar la grandeza de su pasado imperio, y por eso sacrificaban a los blancos. Pero la supersticiosa admiración que en su primitiva inteligencia les dedicaba el aborígen, o la acción secular de la fidelidad impuesta por el dominador, favorecieron la vida de aquel “niño perdido”, a quien la vida reservaba sus altos designios.

En la tejana estancia a donde fué conducido, José Rufino Echenique vistió el tosco sayal del indio; y, al lado de otros rapazuelos, cortaba leña entre el ramaje de los bosques cercanos, iba al río en busca del agua indispensable para las necesidades domésticas, o rodeaba a las ovejas en los campos de pastoreo.

Transcurrieron los meses pasajeros de nuestra “Patria vieja”, entre la patriótica alegría de los insurrectos y su fervorosa actividad. Y, luego, la represión. Pumacahua y los suyos son derrotados en Umachiri por el feroz brigadier Ramírez, y Pezuela vence en Viluma a los patriotas del Alto Perú. Sólo quedan: el abatimiento, el nostálgico recuerdo de la libertad brevemente gozada, esperanza... y la conspiración.

Cerca de dos años estuvo perdido José Rufino Echenique, en aquel pequeño caserío de las sierras de Carabaya. Mas, un buen día pasó por allí un conductor de correos, que tenía a su cargo la carrera entre Puno y Cuzco.

“Sorprendióse al hallar un pastor blanco y de ojos azules. Háblóle y en breve reconoció al hijo de don José Martín. Tomólo consigo para llevarlo a la capital, (6), mientras el indio y su familia lloraban desolados”. (7)

Ya se había impuesto sobre la existencia de los pueblos aquella lueña tranquilidad de las viejas horas. Su imperio extendía una somnolenta apariencia. Pero, las marchas y contramarchas de los ejércitos realistas habían hecho sufrir notables desmedros a todos los predios rústicos de aquella región. La tierra echaba de menos a los labradores indios ahuyentados por la represión del año 15. El coronel Pedro Benavente se enorgullecía, tal vez, de la parte que le tocó desempeñar en el levantamiento del sitio con que

(6) Debe entenderse que José Rufino Echenique fué llevado a “la capital” de la región, es decir, a Puno.

(7) Luis Alayza Paz Soldán: “El paso de los libertadores” (fragmentos de un libro inédito).—“El Comercio”: Lima, edición correspondiente al domingo 17 de julio de 1938.

los indios estrecharon a La Paz, en aquellos tormentosos días del mes de Setiembre de 1814. Pero José Martín Echenique lamentaba amargamente la suerte de su hermano, Ramón Echenique, militante de las huestes de Pumacahua, que combatió en Umachiri, fué hecho prisionero, y que, después de ser trasladado a Lima, permaneció encerrado en las casas-matas del Real Felipe hasta el 19 de Setiembre de 1821. Y lamentaba, también, su propia suerte, pues, cercado por las sospechas, había abandonado Puno. Parece que desde 1814 residía en Arequipa, y su falta de sosiego lo empujaba ya hacia otros lugares.

José Rufino Echenique se acercaba, entonces, a las ocho años. Sin embargo, había sido prematuramente aleccionado por el extravío que sufriera y manifestaba preocupaciones ajenas a los niños de su edad. Era sosegado y reflexivo. A veces, empecinadamente recatado. Con alguna razón juzgaban sus padres que todavía actuaba en su ánimo el recuerdo del tiempo que había pasado en contacto con la naturaleza, y quizá creyeron que el ejemplo del hogar tardaría en borrar esa sombra. Por eso decidieron orientarlo hacia los estudios humanísticos, para que la sabiduría clásica lo iniciara en el conocimiento de la vida. Y José Rufino Echenique viajó a Lima, en las postrimerías del año 1816. Su vida íntima transcurrió, tal vez, bajo la celosa vigilancia de su tío, Jorge Benavente. Y, orientado por el maestro José Pérez de Vargas su conocimiento empezó a desarrollarse en el estudio de la gramática latina, prolegómeno indispensable para el aprendizaje de la retórica y la poética, para la lectura y la comprensión de los textos clásicos.

Desde su tierra natal, José Rufino Echenique había estado en contacto con las tendencias autonomistas; y, aunque su edad no le permitiera conocer la razón que las inspiraba, es indudable que dejaron un sedimento fecundo en su espíritu. Tempranas enseñanzas habían burilado su voluntad y su conciencia. Ahora en Lima quizá se mecían su sueños infantiles entre los tímidos comentarios que los murmuradores dedicaban a la tenacidad de los patriotas que conspiraban contra los poderes coloniales desde las casas-matas del Real Felipe. Y, aunque retenido por su pocos años, no es difícil que el idealismo infantil lo impulsara a sumar su esfuerzo a la lucha por la independencia.

ALBERTO TAURO